

Notas para una teoría ética en Ciencias Sociales

Bernardo Regal Alberti

EL HORIZONTE o espectro de las especialidades científicas es tan rico y, probablemente, tan cambiante como cualquier otra dimensión de la producción cultural de la especie humana. Enfoques, instancias, tendencias y variables epistemológicas y metodológicas se suceden unas a otras; algunas se integran en las siguientes; otras, simplemente, se extinguen.

La llamada psicología "racional", por ejemplo, (con sus argumentaciones en torno al "alma" y a la "espiritualidad" e "inmortalidad", incluyendo el inagotable tema de la "libertad"), ha dejado de tener pretensiones propiamente científicas.

En el campo trillado del lenguaje, en cambio, la lingüística es un buen ejemplo de cómo se revisan categorías milenarias de análisis (como el nombre o el verbo), cómo se integran pioneros esfuerzos en el campo de la fonética y cómo surgen las columnas sólidas de una nueva especialidad.

Los esfuerzos por lograr una "teoría científica" de la cultura, en Malinowski, o una "teoría pura" del derecho, en Kelsen; la precisión de un Sapir, la ambición integradora de un Saussure o los deslumbrantes análisis de Chomsky, y muchos otros casos que se podría citar, nos hablan del exuberante paraíso que es la ciencia social en nuestro siglo.

De lo que sucede cada año en las ciencias de la naturaleza —física, química, biología, astronomía . . .— no es necesario mayor comentario. Hasta las tiras cómicas y los dibujos animados de la TV se encargan de hacerse eco masivo de su avance arrollador.

En este contexto académico (y sólo en él) se justifica la pregunta por una ciencia que no sea, aisladamente, una teoría sociológica de la lucha de clases, ni una teoría semiótica sobre la ideología de los mensajes, ni una teoría sobre motivaciones y valoraciones dogmáticas o abiertas, sino una teoría científica del conjunto de aspectos que conforman el fenómeno moral. Es decir, una "teoría ética" o, más brevemente, una "ética".

2. Dos observaciones habría que hacer, antes que nada. En primer lugar, no puede citarse a algún especialista en ética al que se remitiesen, como a colega interdisciplinar, en el ámbito de las modernas ciencias sociales, los investigadores y analistas de tantas disciplinas. Esto podría indicar que no ha nacido todavía la ciencia ética (como epistemología y metodología experimentables), como sí nacieron la economía de Smith, Ricardo o Marx, la psicología experimental, la antropología, la lingüística y demás ciencias modernas.

Hay, por supuesto, gran respeto y aprovechamiento de las muchas reflexiones que se han hecho en Occidente sobre la moralidad. El caso de Kant es uno de los más conocidos, sea que se lo acepte o que se lo rechace. Pero no se trata, propiamente hablando, de un científico de la moral sino, más bien, de un pensador o filósofo. Kelsen, Marx, incluso Chomsky, trabajan en sus respectivas especialidades con mucha conciencia de lo que Kant significó. Sin embargo, en un trabajo "de campo" o de laboratorio —en economía, en psicología o en lingüística— Kant ni ayuda ni obstaculiza: está sencillamente fuera de la instrumentación o del análisis positivo de la realidad humana y social. ¡Y difícilmente podría citarse a un estudioso de la problemática moral de mayor influjo que Kant!

3. La segunda observación está relacionada con la primera directamente: no es absolutamente necesario que aparezca una ciencia ética autónoma, independiente. En realidad, bastaría con que cada una de las disciplinas ya existentes abordaran de frente la problemática moral.

Roger Brown entiende así las cosas cuando dedica el extenso capítulo octavo de su *Psicología Social* al tema de la "adquisición de la moralidad", recorriendo las teorías de las diversas tendencias psicológicas contemporáneas.

En otro texto, muy cercano a nosotros, la *Antropología* de Fernando Silva Santisteban, se trata intencionadamente de la temática moral a propósito de la "estructura dinámica de la cultura" y de los "patrones y valores" culturales. La cuestión, por ejemplo, del "relativismo moral" ("puesto que los valores morales son válidos solamente dentro de cada cultura") y del "universalismo moral" (en la medida en que "todas las culturas reconocen ciertos valores morales comunes"), está esbozada con aceptable amplitud.

Skinner, en una pequeña obra (*Más allá de la libertad y de la dignidad*) trata de aplicar sus tesis sobre la conducta humana sugiriendo una "tecnología de la conducta" y discutiendo las bases de una "planificación de la cultura". Con este motivo trata de fenómenos como la libertad, la dignidad, el castigo y los valores.

Un libro de divulgación económica, como el "Curso" de Samuelson, está plagado de reiteradas y explícitas referencias al trasfondo de valoraciones, creencias y actuaciones morales en que, en su opinión, se sustenta la utopía de la democracia económica norteamericana.

Las pocas páginas de la "teoría pura" de Kelsen, dedicadas al análisis del mundo de valores que se promueven en un ordenamiento jurídico que busca la "libertad individual" o en el que busca la "seguridad social", están también escritas con un gran sentido de lo real, de lo empírico. Y su crítica de las contradicciones de la doctrina del derecho natural, en torno a la propiedad privada, está hecha en función de lo histórico, de lo empírico, de los que realmente acontece.

4. Las dos observaciones hechas más arriba, y estas últimas alusiones a ciertos "clásicos" de las ciencias sociales, llevarían a una elemental conclusión: el primer paso que debe dar una "ética científica" es asimilar cómo las distintas especialidades (con todas sus gamas y tendencias) han observado o enfocado el fenómeno moral.

Vale la pena recordar cómo previó Carnap esta opción metodológica:

"A veces denominamos "Ética" a determinada investigación empírica como, por ejemplo, las investigaciones psicológicas y sociológicas acerca de las acciones de los seres humanos, sobre todo por lo que respecta al origen de estas acciones en los sentimientos y voliciones y sus efectos sobre otras personas. En este sentido, la Ética es una investigación científica de carácter empírico: pertenece a la ciencia empírica más bien que a la filosofía".¹

Por lo demás, Carnap no se dedicó a rastrear esas "investigaciones psicológicas y sociológicas" para descubrir o construir un modelo de análisis ético. Quien lo haga de un modo sistemático y exhaustivo —en la medida en que esto sea posible dentro del gran caudal de la ciencia social contemporánea—, estará haciendo mucho por una ética "científica" y —si no nos asusta la palabra— "empírica".

1. CARNAP, Rudolf. *Filosofía y sintaxis lógica* (1935). En: "La concepción analítica de la filosofía". Selección e introducción de J. Muguerza. Tomo I. Alianza Editorial, Madrid, 1974. p. 300.

5. Yendo un poco más hacia adelante, en caso de proceder efectivamente a una teoría autónoma (y aceptando que ésta nunca podrá desligarse de las disciplinas "básicas" mencionadas), se podría tomar como paradigma a alguna de las disciplinas que ya han mostrado capacidad para desentrañar el fenómeno de la interacción humana y social. ¿Podrían adaptarse a lo específicamente "moral" los andamiajes utilizados para aislar lo antropológico-cultural, lo sociológico, lo psicológico, lo lingüístico?

Dadas las relaciones que pueden establecerse entre valores éticos y la comunicación, ¿por qué no probar con la lingüística? Lévi-Strauss ha llegado a decir de ella que "no es una ciencia social como las otras, sino la que, con mucho, ha realizado los mayores progresos; sin duda la única que puede reivindicar el nombre de ciencia y que, al mismo tiempo, ha logrado formular un método positivo y conocer la naturaleza de los hechos sometidos a su análisis". Y termina su alabanza diciendo que "el lingüista verá que, a menudo, investigadores de otras disciplinas vecinas pero diferentes se inspiran en su ejemplo e intentan seguir su camino".²

Podría, pues, construirse, como punto de partida, un modelo estructural-funcional, al estilo de la fonología lingüística. Puede pensarse en grandes categorías "universales", similares a las que corresponden a los puntos de articulación fonética (en el eje de las "x") y a los grados de apertura o de efectos neumáticos (en el eje de las "y"). Habría que ver si funcionan, por ejemplo, en un eje, el espectro de tonalidades que van del "bien" al "mal"; en el otro eje, tal vez la gama que va de los "necesario/inevitable" a lo "elegible/opcional". Construida así una "plantilla" podría, a lo mejor, observarse que para algunos grupos la variable "pena de muerte" sería "mal inevitable"; para otros, "mal opcional"; para otros, no se daría esa variable. En caso de no funcionar el esquema, habría que ir modificando y discutiendo las categorías hasta que se tenga un instrumento para identificar la moral de los diversos grupos sociológicos, distinguiendo con la mayor precisión unos sistemas morales de otros. Inevitablemente (en este esquema lingüístico) se tendría que proceder a esquemas "sintagmáticos", armonizando elementos "mínimos" de análisis en unidades mayores, buscando estructuras éticas cada vez de mayor complejidad.

6. Una vez más, surge la duda de si valdrá la pena el esfuerzo y si no será más práctico emplear, alternadamente, los enfoques de las distintas disciplinas —o varios al mismo tiempo— según el tipo de fenómeno o problema moral de que se trate.

2. LEVI-STRAUSS, Claude. *Antropología estructural*. Instituto del Libro, La Habana, 1970, p. 29.

Mientras se disipa esta duda, quienes trabajen científicamente en el campo de lo moral tienen, en el "corto plazo", un objetivo "interdisciplinar" muy claro.

Veamos algunos casos en donde conviene unir fuerzas.

—Los análisis económicos convencionales (marxistas o no marxistas) parecen trabajar con categorías morales muy elementales, y hasta ingenuas, dejando de lado lo que en psicología o antropología pudiera haberse trabajado. Parece que no se debería hablar tan escolarmente de "conducta del consumidor" o de "conciencia de clase" sin un serio diálogo con los colegas psicólogos. Si es que este diálogo se da, no tiene la fuerza suficiente como para quedar consignado en las obras y estudios publicados. Esto puede ser que no les preocupe mucho a psicólogos, economistas o sociólogos. Le preocupa, justamente, al interesado en lo moral. Lo interesante es que el trabajo deberán hacerlo ellos, no él.

—Vayamos al inmenso fenómeno de la criminalidad, de gran interés no sólo para el jurista sino para el psicólogo y para el antropólogo. ¿Aumenta o disminuye, y en qué grado cuantitativo y cualitativo, cuando se observa en grupos sociales enfrentados políticamente y —para hacerlo más sofisticado— en épocas de empleo o de desempleo? ¿Cómo abordar éticamente el fenómeno de las modernas guerrillas? ¿Cuáles son los perfiles exactos de la llamada represión? ¿Y cuál será la mejor forma de analizar esas zonas de "traslapes" morales, en un sistema social estándar y de aparente bonanza económica, entre las organizaciones parapoliciales y las organizaciones de la delincuencia clandestina?

¿—Disminuiría nuestro espontáneo y lógico rechazo al cultivo, producción y comercio de estupefacientes si valorásemos fríamente las bondades que sus grandes mercados proporcionan a determinadas poblaciones (por lo demás marginadas)?

—Los criterios y códigos de ética "de facto" de los empresarios y gerentes ¿son los mismos que los del hombre de la calle? Por supuesto que el primero que no ha pensado en todo esto es el propio empresario. ¿O ya están juzgados de antemano, antes de todo análisis? La moral familiar del hombre de negocios ¿cambia y se muda cuando ingresa por la mañana a su oficina? ¿Quién ha analizado esto? Ha sido un análisis "científico" o sólo empleo de algunas encuestas y estadísticas hechas con criterios pre-científicos? ¿O no se ha hecho ni siquiera trabajo de campo, muestreo, estadística?

—¿Cambia la "conducta moral" individual cuando se pasa de un sistema de "libre empresa" a un sistema socialista? No se trata de apreciaciones va-

gas o generales, sino de estudios positivos (evidentemente sumamente difíciles de realizar).

7. Los últimos párrafos han sido algunas de las líneas de trabajo en equipo que podrían establecerse en el territorio de una ética científica. A primera vista nada especial. Cualquier especialista, de cualquier disciplina, lo podría hacer con tal de que se preocupase de integrar, en su visión del problema moral, los estudios de otras disciplinas.

En este sentido, volviendo al tema inicial de este ensayo, no se necesitaría de una especialidad nueva, de una ética formal. Se estaría haciendo en el seno de las ciencias ya existentes.

Se está aquí suponiendo, desde un comienzo, una posición similar a la defendida por Schlick hace ya un buen número de años: el científico busca verificar experimentalmente la verdad de una proposición y el filósofo busca y explica el significado de esa proposición. Pero el filósofo no es una persona distinta del científico. Es el científico mismo "en la medida en que descubre el significado oculto de la proposición que utiliza en su ciencia".³

Es decir, no tendría sentido que quien no es ni psicólogo, ni economista, ni antropólogo, etc., acometa la elaboración de una ética científica o profundice el estudio de los aspectos morales de la vida humana social. Si algún día surge una ética autónoma, será engendrada por alguna de las disciplinas actuales (tal vez la psicología) o por varias al mismo tiempo.

8. Finalmente, de lo que se trata principalmente no es de estudiar la historia y el pensamiento de los que desde Aristóteles hasta Nietzsche o Heidegger o Sartre han meditado sobre la moralidad. De lo que se trata es de averiguar qué tipo de fenómeno humano/grupal/social es la moral y cómo varía de unos grupos a otros, aquí y ahora.

Es innegable que el estudio de los grandes pensadores de la ética tradicional ayudará a mirar mejor las cosas. Pero la construcción definitiva de una "ética general", con categorías universales, y el análisis e identificación de "éticas particulares" tiene que hacerse (al igual que en cualquier otra ciencia moderna) luego de un gran trabajo de campo, sistemáticamente experimental e inductivo. La genialidad de quienes hagan esta ética consistirá, como en las demás ciencias, en abstraer de muchas observaciones las líneas estructurales y funcionales de la teoría.

Quien entienda estas cosas no se escandalizará si se añade que el objetivo de esta ética no es hacer más buenos a los seres humanos. Su obje-

3. SCHLICK, Moritz. *El futuro de la filosofía* (1932). En: Muguera, ob. cit., p. 287.

tivo es aislar e interpretar el fenómeno moral tal como éste se da. Evidentemente, sus resultados podrán aplicarse para mejorar la vida de hombres y pueblos, como cualquier otra ciencia. En este contexto, la apreciación de si algunos científicos emplearon sus hallazgos para el "mal" o de si, en función de una determinada posición ideológica, contribuyen a empeorar los conflictos de nuestra atormentada civilización, no es un punto de partida sino el final de un trabajo (que puede resultar tan apasionante como el de cualquier otra disciplina intelectual).